

**Una amistad al abrigo de la tradición clásica:
los hermanos Plancarte, Alfonso Reyes y
Enrique González Martínez**

Leonardo MARTÍNEZ CARRIZALES

RESUMEN: En este artículo se estudian las relaciones que Alfonso Reyes y Enrique González Martínez sostuvieron con el círculo de los Méndez Plancarte y la revista *Ábside*, que favorecía la divulgación de la tradición grecolatina como parte sustancial de una cultura de resistencia ante el espectáculo de violencia política y militar propio de su época.

* * *

ABSTRACT: This article deals with the relationships that Alfonso Reyes and Enrique González Martínez maintained with the circle of the Méndez Plancarte and the magazine *Ábside*, that favoured the spreading of the Greek and Latin tradition as a substantial part of a culture of resistance before the own spectacle of political and military violence of their time.

* * *

PALABRAS CLAVE: ábside, alfonso, clásica, enrique, gonzález, literatura, martínez, plancarte, reyes, tradición.

RECEPCIÓN: 26 de octubre de 2001.

ACEPTACIÓN: 28 de noviembre de 2001.

Una amistad al abrigo de la tradición clásica: los hermanos Plancarte, Alfonso Reyes y Enrique González Martínez

Leonardo MARTÍNEZ CARRIZALES

Una buena parte del patrimonio histórico y cultural de la literatura mexicana del siglo xx descansa en la tradición clásica. A pesar de la orientación crítica y renovadora de algunos de los discursos más influyentes en esta literatura, la tradición clásica puede advertirse en el sistema de enseñanza literaria, el repertorio de lectura y las obras correspondientes a las generaciones de escritores mexicanos dominantes desde el Ateneo de la Juventud hasta la poesía de personalidades como Rubén Bonifaz Nuño. En el centro de este panorama, la revista *Ábside*, dirigida por los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, ocupa un lugar notable; un lugar que todavía aguarda su justa ponderación y, consecuentemente, su integración en el conocimiento de la cultura contemporánea de México.

Los hermanos Méndez Plancarte fundaron en 1937 la revista *Ábside*, el órgano más destacado de su gestión pública.¹ Desde la primera hora de su vida, *Ábside* acreditó su vocación militante.

¹ La revista *Ábside* fue fundada por Gabriel Méndez Plancarte en enero de 1937, fecha que corresponde a la de su primera entrega, todavía mensual, pues terminaría por normalizarse a poco como una revista trimestral. Luego de la muerte de Gabriel, ocurrida el 16 de diciembre de 1949, su hermano Alfonso tomó la dirección de la empresa. El nombre de éste apareció por vez primera en la revista como director en el número correspondiente a enero-junio de 1950 (XIV: 1-2). Alfonso Junco sustituiría a Alfonso Méndez Plancarte por las mismas razones; el nombre de aquél figuró en el directorio como titular en la entrega de los meses abril-junio de 1955 (XIX: 2), pues éste había muerto el 8 de febrero de 1955. Rubén Marín y Eduardo Enrique Ríos también dirigieron esta revista, cuya vida se alargó hasta 1978. Consúltese, como testimonio de los propósitos de esta empresa, Ríos, 1963, pp. 77-92.

La revista nació pocos años antes de que concluyera el tormentoso decenio de los combates ideológicos llevados al terreno de guerras que no sólo cambiarían la historia de pueblos enteros, sino de continentes. Durante el cardenismo y la guerra en Europa, *Ábside* fue un interlocutor activo del comunismo y del fascismo, amparada en las banderas del humanismo católico, la doctrina social de la Iglesia y la democracia. La guerra sembró en los escritores de América una profunda inquietud con respecto de una civilización en entredicho. Estas dudas proyectaron la presencia del continente como una esperanza; o, de acuerdo con las postulaciones de Alfonso Reyes, la continuación del proyecto cultural de Occidente (Reyes, 1960, pp. 9-153). De allí el alza de los bonos públicos de cierto “americanismo” como el practicado por revistas coetáneas de *Ábside*, tal fue el caso de *Cuadernos Americanos*.² Es claro que *Ábside* participó de este ambiente, pero resolvió la cuestión de un modo particular, pues de acuerdo con su perspectiva lo que peligraba no sólo era la razón y la democracia occidentales, sino el Cristianismo y su obra civilizadora difundida al lado de Grecia y Roma. En correspondencia con esta conducta política, los editores de la revista practicaron con disciplina y constancia sus conocimientos filológicos en

² En cuanto al “americanismo” practicado por *Cuadernos Americanos*, conviene ceder la palabra al director y fundador de la revista, Jesús Silva Herzog, con el propósito de definir el cuadro fundamental de las ideas y las actitudes sociales que la caracterizaron. Así describió sus propósitos: “primero, ante la situación que prevalecía en aquellos momentos de guerra en Europa, tratar de recoger acá la herencia cultural europea, por supuesto sin menoscabo de nuestros propios rumbos y nuestras propias ideas acerca de problemas sustantivos.

”En segundo lugar, tuvo como mira la defensa de los intereses que en 1942 defendían las democracias. ¿Qué intereses defendían las democracias: Estados Unidos, Inglaterra y aun la Unión Soviética que estuvo alineada en la lucha? Según entendimos aquí, defendían la libertad del hombre, la dignidad del hombre, la decencia en la vida del hombre, la eliminación del temor, el mejoramiento de la vida humana. *Cuadernos Americanos* salió a la luz pública movido por esos propósitos.

”Y en tercer lugar, el procurar un diálogo entre todos los países latinoamericanos. En otros términos, dar a conocer a los países latinoamericanos sus problemas y sus hombres de gran estatura intelectual [...]”. Wilkie, 1969, pp. 700-701.

vastas zonas del pasado literario de México, y adoptaron una actitud militante en favor de la divulgación de la tradición grecolatina como parte sustancial de una cultura de resistencia ante un espectáculo generalizado de violencia política y militar.

En esta actividad, el círculo de los Méndez Plancarte se hizo acompañar por escritores como Alfonso Reyes y Enrique González Martínez, entre muchos otros. Precisamente, en este artículo, me propongo estudiar las relaciones que estos distinguidos autores sostuvieron con la revista *Ábside*.

Una tradición cívica

La cultura grecolatina no es sólo un concepto que describe los fundamentos del patrimonio literario de Europa, sino que también ha pasado a formar parte central de las discusiones orientadas a probar la coherencia y la vigencia de la civilización occidental. Al lado de su valor técnico en los estudios históricos, este concepto ha terminado por cobrar un estatuto ideológico que hoy es insoslayable. Así, la cultura grecolatina ha sido postulada como una tradición, la *tradición clásica*, fuente de la pretendida unidad de Occidente, tema particularmente discutido en momentos dramáticos para el mundo occidental, como los años de gestación y desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. Este periodo propiciará un fuerte alegato a favor de la cultura grecolatina no sólo en Europa y los Estados Unidos, sino también en México. En esos años, salió a la luz pública *Ábside*, revista mensual en su primera época, dedicada al estudio y la crítica de las letras mexicanas que reprodujo las tensiones propias del periodo.

La tradición clásica viene a ser un término destinado a dar cuenta no tanto de un determinado repertorio de autores y obras circunscritos a un área cultural bien localizada (la antigüedad grecolatina), como de las proyecciones ideológicas y el patrimonio simbólico generados por la edición, la divulgación, la transmisión y el comentario de dicho repertorio. Más que un

elenco fijo de obras y autores, se trata de una política literaria que, de acuerdo con diversas formaciones culturales, en diferentes periodos ha desempeñado un papel preponderante en la articulación de sistemas literarios específicos. Cualquiera que sea la competencia técnica de los eruditos y los críticos en la materia, el prestigio y la distinción que son propios de la tradición clásica proceden de una norma literaria que no se interesa exclusivamente en el examen estético de las obras; en cambio, repara con un gran interés en las cuestiones sociales, morales, políticas y religiosas de las cuales ha emergido lentamente, en el espíritu griego, la capacidad de observar y juzgar la poesía. Esta orientación, o como Alfonso Reyes diría, esta “perspectiva de ánimo” es la que priva en el encomio de la tradición clásica, así como en su poderosa proyección recurrente sobre el mundo moderno y contemporáneo. En ésta se alimentan los tópicos de la permanencia del modelo clásico, su juventud perenne, su fortaleza y su salud sin mengua; en ésta, también, el potencial normativo y didáctico de su difusión.³

Uno de los síntomas más notables de esta actitud radica en el señalamiento de que la invención de lo que la cultura de Occidente llama *literatura* tuvo lugar en la antigua Grecia. El ilustre C. M. Bowra, traducido para nosotros gracias a la devoción helénica de Alfonso Reyes, postuló abiertamente este punto. De acuerdo con su dicho, los autores griegos inventaron el mecanismo significativo y emotivo de la literatura; los viejos fundamentos de ese mecanismo no han sido alterados por ninguna lengua sucesiva, por peculiar que sea su morfología; ni por ninguna cultura, por ambiciosa que haya sido su voluntad a la hora de definir el estatuto social del creador de un poema.

³ Cito el siguiente libro no por la competencia técnica de sus análisis, sino porque su organización y difusión responden casi exclusivamente a la perspectiva didáctica y normativa de la tradición clásica, tanto más vigorosa por cuanto se dio en un escenario lleno de incertidumbres para el mundo político de Europa: R. Livingstone (ed.), *El legado de Grecia*, 3a. ed., Madrid, Ediciones Pegaso, 1956. En cuanto a la “perspectiva de ánimo” alfoncina, consúltese García Terrés, 1989, p. 416.

El estudioso de las literaturas modernas que se acerca a Grecia queda sorprendido de la misma facilidad con que logra acomodarse en su ambiente [...]. Aquellos escritores parecen haber tenido un sentimiento de la lengua y de sus empleos que todavía, en lo general, es el nuestro. La poesía griega opera sus efectos mediante el ritmo sostenido de las palabras, palabras escogidas por su fuerza imaginativa; y la prosa griega, mediante la facultad persuasiva y la claridad esenciales a la verdadera elocuencia.⁴

Ya se advierte que de acuerdo con esta clase de formulaciones la dilatadísima empresa exegética propiciada por un corpus canónico más bien escaso no puede encontrar su identidad sino en una zona constituida luego de un proceso de abstracción, donde sucesivas y articuladas generalizaciones han salvado para el tiempo la unidad amenazada por la multitud de comentaristas, editores y creadores que se han atrevido con los textos clásicos. Es así como la tradición clásica viene a ser menos un catálogo de poetas, obras y temas, que la articulación de un sistema de representación del mundo dotado de valores estéticos. Y todavía más: no sólo se trata de un sistema de representación, sino también de un mecanismo social dotado de facultades valorativas más o menos constantes, cuya primera manifestación radica en la asignación de un espacio en el mundo de los valores y prácticas sociales al sistema de representación y a los objetos que proceden de dicho sistema. ¿Cuál es ese espacio? ¿En qué radican los atributos con los que se ha investido este sistema de representación? La cuestión es ardua. Gilbert Highet ha escrito un libro voluminoso para hacer frente a este problema.⁵ Para los efectos de nuestra discusión, digamos que la tradición clásica ha colocado a los objetos de la representación literaria de la realidad en el centro del espacio público atribuyéndoles un fuerte sentido

⁴ Bowra, 1948, p. 9. Richard Livingston repite constantemente esta opinión en "Literatura", artículo que corrió bajo su cargo en Livingston, 1956, pp. 341-393.

⁵ Highet, 1954; también, como síntoma de esta clase de actitudes, consúltese Bolgar, 1971, pp. 1-25.

moral y cívico; se ha pronunciado por colocarlos del lado del patrimonio que corresponde a todos, sin reservarlos a unos cuantos iniciados ni proclamar derechos de exclusión. Todavía hace pocos años, algunos distinguidos partidarios del estudio de la tradición clásica, como Highet o Werner Jaeger, juzgaban que su trabajo erudito revestía obligaciones y consecuencias sociales irrenunciables, consustanciales a su materia de trabajo.⁶ De este modo, los miembros del partido de la tradición clásica confieren a la obra literaria atributos éticos y educativos que comprometen, por una parte, los principios de su ejecución y, por otra, las implicaciones normativas de su estudio y difusión. Examinemos estas cuestiones en el campo social que nos atañe de acuerdo con nuestros intereses; es decir, las letras mexicanas a partir de los últimos años del decenio de los treinta.

El recurso ideológico de la tradición

En los años treinta, la tradición grecolatina fue reclamada vigorosamente en México por un grupo de escritores católicos que se habían negado a reducir el patrimonio cultural y literario de su fe

⁶ “El único modo como podemos justificar este poder [el que corresponde a la riqueza y el progreso materiales], la única manera de emplearlo para nuestra perdurable utilidad y de contribuir con algo permanente al progreso de la raza humana, es comprender y difundir un sistema de nobles ideales espirituales. Algunos de estos ideales los estamos elaborando nosotros mismos. Muchos otros los derivamos del cristianismo. Y muchos —en el arte, en la filosofía, en la literatura— los hemos recibido de la civilización grecorromana, como legado inapreciable. El verdadero deber del hombre no es extender su poder ni multiplicar sus bienes más allá de sus necesidades, sino enriquecer y gozar su única posesión imperecedera: su alma”, G. Highet, 1954, p. 369; también consúltese la satisfacción que producen en Jaeger “these signs of a new humanistic activity in this hemisphere outside the United States”, en “Carta de Werner Jaeger a Alfonso Reyes”, en Rangel Guerra, 1966, pp. 513-516; por su parte, el profesor R. R. Bolgar escribe: “Our interest [en las influencias clásicas sobre la cultura europea] is not—and should appear to be—an arbitrary enthusiasm. The truth is that the Greco-Roman past fascinates us because it has shaped our culture and therefore our lives; and a rational desire to know the manner of that shaping is what finally justifies our work”, Bolgar, 1971, p. 10.

al claustro confesional. Se trata de un grupo que reivindicó para sí con una constancia y una conciencia ejemplares el desarrollo centenario de la cultura grecolatina en México. Aunque su lugar en el debate público estaba condicionado por una perspectiva cristiana, el círculo de *Ábside* no pretendió reverdecer los laureles de una práctica de las humanidades anterior a su reformulación filológica con un fuerte sentido histórico que se operaría en nuestra cultura literaria a partir de los últimos años del siglo XVIII (Osorio Romero, 1991, pp. 56-57). Con un temperamento público acreditado constantemente y con una capacidad notable de diálogo en un entorno laico y escéptico, este grupo recuperó y agitó la bandera de la tradición clásica y destacó su proyección, mediante la evolución lingüística y cultural de los pueblos de la Romania occidental, hacia la lengua española practicada en la península ibérica, legada al pasado colonial de nuestro país, donde convivió con lenguas y culturas indígenas y donde permanece viva hasta el presente. Éste es uno de los numerosos pasajes en que Gabriel Méndez Plancarte aborda el tema:

Yo pienso que todo el que sepa ver bajo la corteza y tomarle el pulso a México, advertirá en sus venas el latido profundo de la sangre espiritual de la Hélade y de Roma. No me cansaré de repetir que el árbol de nuestra cultura cuatro veces secular tiene dos raíces vitales: la indígena y la hispana, y que —a través de la hispana— sube hasta nosotros la savia siempre joven de la inmortal cultura grecolatina (Méndez Plancarte, 1945, p. 19).

De modo que romana, cristiana, española, nacional e indígena, la tradición clásica se convirtió para este grupo en el mejor instrumento de sus ideales civilizadores y humanistas. Por otra parte, esta conducta tenía un sustento histórico bien acreditado en el país: el humanismo clásico que construyó el sistema literario del pasado colonial de México, y que sobrevivió, reformulándose, adquiriendo nuevos campos sociales y disciplinarios, en el siglo XIX. Prueba de ello es el lugar del latín dentro de los proyectos renovadores de la educación de la joven nación independiente,

así como también la influencia de disciplinas provenientes de la antigua retórica y la poética de raíz clásica en patrones expresivos de varia índole, hábitos de lectura, mecanismos de prestigio y distinción culturales (Heredia Correa, 1991, pp. 172, 173, 179 y 183). Por ello mismo, según testimonios como el párrafo arriba citado, los animadores de *Ábside* se servirían de esta herencia como un recurso ideológico que les permitió participar en una de las discusiones más importantes en la definición del patrimonio simbólico de las letras mexicanas luego del movimiento revolucionario de 1910 y su cauda social: el nacionalismo. No sólo eso: el nacionalismo fue un tema que dominó por mucho tiempo el capital cultural de la literatura mexicana, al funcionar como un principio organizador de otros bienes culturales cercanos al hecho literario, como los hábitos narrativos, las normas de prestigio de los escritores, los sistemas de ideas estéticas a cuyo imperio se sujetan diversas prácticas de escritura, etcétera.⁷ En la mesa puesta por la Revolución Mexicana, los editores de la revista *Ábside* reclamaban su derecho a ocupar una silla; al cultivar la tradición clásica tal y como ellos la entendían, reivindicaban sus convicciones nacionales. De ello puede dar cuenta su programa editorial. En el primer número de la revista, Gabriel Méndez Plancarte explicó así la índole de su iniciativa: “Conozcámonos. Amemos lo nuestro. Hagamos valer nuestros valores. Suscitémoslos y corroborémoslos, afirmando nuestra auténtica personalidad. Siempre haciendo nuestro lo universal, para hacer universal lo nuestro: doble y magna función de la Cultura” (G. Méndez Plancarte, 1937a, p. 5). Ocho años más tarde, Méndez Plancarte escribiría en un balance de la labor realizada por la revista lo que sigue:

Ábside, fiel al subtítulo que desde su primer número enarboló como bandera: “revista de cultura mexicana”, ha consagrado particular atención al estudio y difusión de nuestros valores culturales anti-

⁷ Consúltese a este respecto Sheridan, 1999, pp. 22-107.

guos y modernos. Lo mejor de nuestro esfuerzo tenaz ha sido dedicado a difundir el conocimiento y el amor de nuestra cultura cuatro veces secular, con viva conciencia de la continuidad fecunda de nuestra tradición hispano-indígena y de las esencias perennes de nuestra nacionalidad.⁸

Al mismo tiempo, la literatura grecolatina justificaba una preocupación nacionalista que ni quería ni podía renunciar a la perspectiva universal implícita en las empresas intelectuales desarrolladas al amparo de Atenas y Roma. Gracias a esta postura, el grupo de *Ábside* no puede ser identificado con posiciones nacionalistas más conservadoras, excluyentes y defensivas, reacias a incorporar a su código elementos más complejos que el colorido local, la descripción del terruño, el costumbrismo... Por el contrario, el círculo de *Ábside* se sumó —a su modo, de acuerdo con su perspectiva— al debate sobre la cultura mexicana de carácter reformador y crítico planteado desde los años veinte por algunas personalidades del grupo de Contemporáneos, como Jorge Cuesta y Salvador Novo, y estimulado por escritores como Octavio Paz en los años de las revistas *Taller* y *El Hijo Pródigo*. Uno de los valores sustanciales de esta discusión, el relativo al “cosmopolitismo”, terminaría por cobrar tal importancia que el grupo de escritores, artistas e intelectuales que cancelaría el debate en favor de actitudes críticas y renovadoras a propósito de la tradición cultural de México, y que dominaría la escena pública a partir de los años cincuenta, la generación de Medio Siglo, postularía como capitales del orbe a Nueva York, París y Londres. Como parte activa de este escenario, los escritores cercanos al proyecto de los Méndez Plancarte se empeñarían en proclamar la vigencia de un mundo regido por Atenas y Roma, y el influjo centenario de estas culturas en el desarrollo de Europa y América.

⁸ G. Méndez Plancarte, 1944, p. 347. Así, es comprensible que al lado del interés erudito por Horacio o Virgilio, la revista cultivase el examen de las manifestaciones de la cultura novohispana, la poesía romántica y la modernista.

En este marco de carácter polémico puede comprenderse cabalmente tanto la profundidad como las consecuencias de la gestión editorial de los Méndez Plancarte en *Ábside*. Ahora bien, uno de los capítulos prominentes de dicha gestión es el lirismo de corte horaciano, verdadera teoría de los géneros de la lírica cuyo estudio nos permitiría entender el intento de los Méndez Plancarte por reformular la historia literaria de México bajo la autoridad de Horacio y el género asociado con su figura: la poesía lírica.

No sólo se trata del encomio de una figura más de la antigüedad, sino de la definición de un sistema literario según el cual la poesía mexicana guarda con respecto del Horacio lírico una relación genealógica e hipertextual. Con esto, quiero decir, siguiendo las orientaciones del investigador Gustavo Guerrero, que en el discurso de los promotores de *Ábside* no sólo se consignan meros parecidos entre las odas de Horacio y los poetas mexicanos, sino una descendencia articulada sistemáticamente tanto en cuestiones formales como históricas y críticas. En rigor, los hermanos Méndez Plancarte pretendían postular una norma de creación verbal y una reorganización de los géneros de la literatura de acuerdo con el prestigio secular del Horacio lírico: un Horacio preceptivo, interferido por la *Poética* de Aristóteles y construido durante los capítulos de la historia literaria de Occidente en los cuales el canon clásico fue un recurso de autoridad para la articulación de sistemas literarios modernos (Guerrero, 1998, pp. 42-51 y 61-79).

Sirva todo lo discutido hasta este instante para caracterizar la posición social desde la cual los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte entraron en contacto y estrecharon lazos de amistad con Alfonso Reyes y Enrique González Martínez. Examinemos el curso de ese trato.

Reyes en el partido de los católicos

Alfonso Reyes recibió puntualmente en su sede diplomática de Buenos Aires los primeros ejemplares de *Ábside*, pues Gabriel

Méndez Plancarte tuvo buen cuidado de mantenerlo al tanto de este esfuerzo editorial. Reyes respondió con la cortesía que lo caracterizaba en estos casos mediante el despacho de “generosas palabras de aliento”. Inmediatamente, Méndez Plancarte hizo acompañar sus envíos de una invitación redactada en términos tan francos que no dejaría a Reyes lugar para una respuesta evasiva ni dudas al respecto de los propósitos de la recién nacida revista. Copio un fragmento de la invitación con el fin de destacar los valores que el propio Méndez Plancarte atribuía a su iniciativa editorial:

[...] dada la simpatía con que ha visto Ud. la obra cultural que hemos emprendido, me atrevo a pedirle que nos honre con su colaboración. Queremos hacer de *Ábside* un centro y un hogar de cultura mexicana, en torno del cual podamos reunirnos todos aquellos que —a despecho de las sombras— creemos en “el alba de oro” y amamos nuestros valores esenciales: Cristianismo e Hispanidad. Y en ese hogar no puede faltar, no debe faltar Alfonso Reyes. Sería para nosotros un gusto y un honor poder publicar —siquiera una o dos veces al año— colaboración inédita de Ud., adecuada a la índole de la revista.⁹

Las aspiraciones de Gabriel Méndez Plancarte apenas si serían tomadas en cuenta. Agradecido, Reyes prometió vagamente hacer efectiva su respuesta a la invitación de marras en cuanto le fuera posible, “pues vivo por ahora agobiado de trabajo” (AR/GMP, [1937]). Y *Ábside* se quedaría esperando las colaboraciones de Reyes. No obstante, los editores de la revista no escatimarían respeto y consideración por la obra del polígrafo cada vez que la oportunidad se presentara: el caudal de los escritos de Reyes se reflejará puntualmente en las páginas de la revista gracias a

⁹ Capilla Alfonsina. Expediente Gabriel Méndez Plancarte. Correspondencia. GMP/AR, México D. F., 28 de abril de 1937 (en adelante, sólo se referirán las iniciales de los correspondientes para identificar las misivas de este acervo).

reseñas y noticias bibliográficas.¹⁰ En tanto, la correspondencia personal no se interrumpiría.

El año en que *Ábside* salió a la circulación pública, el director de la revista, Gabriel Méndez Plancarte, dio a conocer su libro *Horacio en México*. Esta obra es un repaso de los poetas que en nuestro país han tenido la voluntad de practicar la oda a la manera del vate de Venusia, en obediencia de su célebre doctrina literaria, sus metros y sus tópicos. Una obra que desde la primera página se confiesa como prolongación de la que Marcelino Menéndez Pelayo consagrara a la misma materia, *Horacio en España*, y que abrigaba el claro propósito de probar la “persistencia vital de la tradición horaciana en nuestras letras”; una persistencia que sólo puede explicarse gracias al vigor del modelo y la salud que irradia desde su tiempo hasta el presente. El elogio que el esfuerzo de Méndez Plancarte comporta tiene un carácter militante: su estudio es un panegírico de la cultura latina y la proclamación de una doctrina literaria atendida a modelos estables que se corresponde con su labor periodística en *Ábside*.¹¹

Amor a Horacio y amor a México impulsáronme a emprender esta obra. Y si ella logra hacer entrever a un solo espíritu el lejano esplendor de la clásica y eterna Belleza; si consigo llevar a alguien mi convicción íntima de que Horacio es una de las más hondas y fecundas raíces de nuestra tradición literaria y de que nuestra alma

¹⁰ Sólo en lo que respecta a los años en que Reyes todavía no colaboraba constantemente en la revista, tenemos estas noticias: Octaviano Valdés, 1938, pp. 59-60; Reyes, 1940, pp. 46-49. Sobre esta noticia, conviene saber que Reyes se dirigió a Alfonso Méndez Plancarte el 17 de agosto de 1939 para hacerle esta petición: “el poeta cubano francés Armando Godoy [...] me ha mandado el artículo que acompaño, pidiéndome que, traducido al español, se publique en México. Si a Vd., y a su hermano les parece bien, podrían darle acogida en *Ábside*. Sin compromiso, naturalmente” (AR/AMP, 17 de agosto de 1939). En efecto, el artículo —traducido por Alfonso Méndez Plancarte— fue publicado en el número correspondiente a octubre: A. Godoy, 1939, pp. 34-38.

¹¹ En efecto, desde su aparición, la revista *Ábside* destacó el bimilenario de Horacio con argumentos del tipo de los que hemos hecho mención: la ejemplaridad de Horacio, la juventud de su obra, la naturalidad, la sencillez y la sabiduría técnica.

nacional no es hija del feroz Huichilobos sino de la inmortal cultura greco-latina, depurada y ennoblecida por el Cristianismo, vigorizada y transfundida a nosotros por la España materna, daré por bien empleados mis esfuerzos [...] (G. Méndez Plancarte, 1937b, p. XVIII).

Reyes debió recibir oportunamente este libro y leer en primer lugar el capítulo que le estaba consagrado. Lo cerraría y redactaría la nota de agradecimiento y felicitación al respecto que fechó el 28 de septiembre. Luego de la expresión de buenos deseos y gestos de cortesía, Reyes llegó al meollo del asunto: el estudioso sólo había tomado en cuenta sus primeros versos “con detrimento de mi obra poética posterior” (AR/GMP, Buenos Aires, 28 de septiembre de 1937). De otro modo no podía concebirse cómo era posible que el crítico que había señalado a Reyes como “la síntesis armoniosa de la aparente antítesis vital: clasicismo auténtico y ávido modernismo, originalidad potente y fervoroso acatamiento a los eternos valores” (G. Méndez Plancarte, 1937b, p. 259), en virtud del examen de *Cuestiones estéticas* (1911) y *Huellas* (1922), pudiera haber hecho los reproches tan rigurosos que hizo al escritor maduro. En la estampa crítica de Méndez Plancarte, Reyes aparecía como un millonario que ha derrochado sus caudales, autor de una obra grande pero fragmentaria, demasiado inquieta y móvil, poco dispuesta a la perdurabilidad. Pocos como Reyes tan señalados por las apariciones de la Venus Urania y, por eso mismo, pocos con una deuda tan grande, no sólo en lo poético, sino también en la filología y en la crítica, pues hasta estos dominios llegó la inquisición del severo Méndez Plancarte (G. Méndez Plancarte, 1937b, p. 267).

El mensaje de Alfonso Reyes no sólo radicaba en una firme protesta en contra del olvido en que Méndez Plancarte parecía

Uno de los trabajos más interesantes en este sentido es el escrito por Octaviano Valdés, que hizo énfasis en la elegancia estilística del lírico latino, conseguida por el conocimiento de los modelos y el respeto a las normas de escritura que promulgan dichos modelos. Consúltense Valdés, 1937a, pp. 15-22; Valdés, 1937b; A. Méndez Plancarte, 1937, pp. 11-20.

tener a *Ifigenia cruel* (1924) y *Romances del Río de enero* (1933), que cita expresamente, sino en un reclamo de la condición clásica que el estudioso le escatimaba y que él consideraba, ni más ni menos, la médula de su propia conciencia literaria, la razón más profunda de su drama como poeta. En seguida, cito extensamente uno de los testimonios más claros sobre la matriz clásica en la que Reyes terminaría por contener su obra. En el reconocimiento de esta condición, se cifraría el acercamiento entre el polígrafo y los sacerdotes filólogos.

[...] cuando yo aparecí con mis primeros versos en la literatura mexicana, realmente tuve una sensación de triunfo inmediato. Como los poetas de aquel tiempo, entre los cuales yo era el “benjamín”, se habían desentendido del todo de las letras clásicas, mi poesía tenía algo de grande sorpresa. Cuando me decidí, años después, a reunir en *Huellas* todos esos poemas, mi libro tuvo nada más que *un succès d'estime*, como dicen los franceses. Sentí el frío y, aunque yo lo presentía porque mis versos no iban con la moda, esa impresión no dejó de afectarme. Yo creo sinceramente que me desarmó un poco. He necesitado hacer cuentas muy claras con mi conciencia para resolverme después, a sabiendas de que casi a nadie le iba a gustar, a escribir y publicar mi *Ifigenia*. Creo haberme curado de este traumatismo. Pero a un análisis perspicaz e inspirado como el suyo, no ha escapado este fenómeno, según veo (AR/GMP, Buenos Aires, 28 de septiembre de 1937).

Gabriel Méndez Plancarte acusó recibo de la carta y asimiló el mensaje; se disculpó donde cabía hacerlo y obsequió a Reyes la satisfacción que éste parecía exigir sobre un asunto tan delicado para ambos, aunque en un modo particular y propio para cada uno de los corresponsales:

[...] le confieso que no tuve presente (aunque lo había leído hacía tiempo) su bellísimo *Discurso por Virgilio*, que hace pocos días volví a leer, encontrando en él magníficos párrafos que debería yo haber citado para corroborar las hondas raíces humanísticas de la cultura mexicana y de la obra entera de Ud. (GMP/AR, México D. F., 30 de noviembre de 1937).

Luego de este incidente, Gabriel Méndez Plancarte insistiría en una carta de fines de 1940 en pedir a Reyes su contribución para *Ábside*. “¿No tendremos alguna vez la honra de publicar algo suyo en *Ábside*?” (GMP/AR, México D. F., 28 de octubre de 1940.) Una semana después, Reyes recuperó esta insinuación con un énfasis no empleado hasta entonces en ocasiones similares:

Recojo con todo placer la invitación de su atenta del 28 de octubre último, y en cuanto tenga algún papel de cierto carácter humanístico que ofrecer a ustedes, me será muy grato solicitar la hospitalidad de *Ábside* (AR/GMP, México D. F., 4 de noviembre de 1940).

A partir de esta respuesta, entre ambos escritores se multiplicaron los intercambios de una cortesía literaria llena de referencias claras y precisas a las obras y los autores que ocupaban sus empeños respectivos. Las cartas y las notas allanan poco a poco el camino del entendimiento con una serie de referencias que articulan el territorio compartido de su trato, circunscrito a las fronteras del humanismo, la tradición literaria de México y la cultura católica.¹² Algo parecido ocurriría con Alfonso Méndez Plancarte, con quien Reyes entablaría una comunicación en torno de la métrica hispano-latinizante, tema que estudiaba el primero, y que no era ajeno a la obra poética del segundo.¹³

¹² Alfonso Reyes agradece a Gabriel Méndez Plancarte el envío de la antología de Joaquín Arcadio Pagaza que este último había preparado (AR/GMP, México D. F., 23 de octubre de 1940); Reyes conmina a Méndez Plancarte a intercambiar su revista con el filósofo católico brasileño Tristan de Athayde (AR/GMP, México D. F., 24 de julio de 1941); Méndez Plancarte acusa recibo de *Pasado inmediato* y promete una reseña al respecto, además de enviar un ejemplar de *Humanistas del siglo XVIII* editado por la Biblioteca del Estudiante Universitario de la UNAM (GMP/AR, México D. F., 1 de diciembre de 1941); Reyes agradece el envío de *Salmos* y lamenta no haber correspondido a tal obsequio, “pero la imprenta tarda” (AR/GMP, México D. F., 10 de noviembre de 1942).

¹³ AR/AMP, México D. F., 23 de agosto de 1940; AMP/AR, México D. F., 26 de agosto de 1940; también A. Méndez Plancarte, 1946.

Sin embargo del diálogo que va configurando una habitación común para estos comensales, Reyes se haría un poco más del rogar y escatimaría al partido de los católicos su franca y pública contribución hasta el año de 1944, cuando envía a la revista un comentario sobre Ángel Zárraga; la nota debía servir de pórtico a la publicación de una serie de poemas del pintor. Gabriel Méndez Plancarte no perderá la oportunidad para subrayar este hecho ante sus lectores: “*Ábside* se honra en acoger estas hermosas páginas que nuestro máximo escritor Don Alfonso Reyes tuvo la gentileza de enviarnos y que acaban de aparecer como prólogo a los ‘Poemas’ de Zárraga editados ‘bajo el signo de *Ábside*’ ” (Reyes, 1944, pp. 154-156).

Al margen de la contribución sobre el pintor Ángel Zárraga, la relación de Reyes con los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte se normalizaría definitivamente gracias a la publicación, ese mismo año, de *El deslinde*, tratado de teoría literaria que Reyes redactaría cerca de la autoridad de Aristóteles sobre la materia. Alfonso Méndez Plancarte sería el primero en pronunciarse al respecto mediante su desacuerdo con el tratado en puntos que lastimarían la sensibilidad de Reyes; el primero de todos ellos, el carácter técnico de la escritura de la obra. Gabriel suavizaría las cosas poco más tarde al grado de publicar una nota que buscaba resarcir la sensibilidad de Reyes por doble partida: por un lado, con relación a las objeciones de su hermano menor, Alfonso; por otro, con relación a la crítica severa que el propio Gabriel le había dirigido a Reyes en su estudio *Horacio en México*. Si en 1937 Reyes parecía estar muy por debajo de la deuda que había contraído con la tradición clásica en virtud de su talento, en 1944 había pagado la deuda con creces gracias a su trabajo aristotélico. En cualquier caso, esta satisfacción obsequiada a Reyes lo colocaba en el centro del patrimonio cultural reclamado por el partido de los Méndez Plancarte. Un ejemplo de esta postura, por demás elocuente: según Méndez Plancarte, gracias a *El deslinde* puede afirmarse que no hay desde los tiempos de Marcelino Menéndez Pelayo “monumento de crítica e investigación”

comparable al de Alfonso Reyes. Ni más ni menos.¹⁴ Así quedaría abierto el camino hacia la normalización de la presencia pública de Reyes en las páginas de *Ábside*; una presencia tan significativa que se caracteriza por contribuciones como los sonetos reunidos bajo el título de *Homero en Cuernavaca*, y la edición de su correspondencia con Enrique González Martínez y Raymond Foulché-Delbosc.

Una amistad horaciana

El trato de Enrique González Martínez con la revista *Ábside* sigue un curso muy diferente. El poeta estuvo al tanto de la gestación del proyecto editorial en la intimidad misma de los hermanos Méndez Plancarte y los amigos más allegados a la empresa, y lo distinguió con su simpatía y sus mejores deseos. Por lo menos desde noviembre de 1936, los animadores de *Ábside* le pidieron su contribución. Él respondió inmediatamente con su anuencia, gracias a lo cual, a diferencia de Reyes, el nombre de González Martínez apareció publicado en la lista de colaboradores que la revista imprimió en su primera entrega ([A. Méndez Plancarte], 1952b, p. 139).

En el número correspondiente al mes de abril de 1937, Gabriel Méndez Plancarte incluyó “Seis poemas inéditos” de González Martínez, como un adelanto del libro *Ausencia y canto*, próximo a ser editado (González Martínez, 1937, pp. 15-22). Poco más de un año después, la revista publicó “El diluvio de fuego”, un poema extenso que Méndez Plancarte reprodujo en un sobretiro “Bajo el signo de *Ábside*”, la colección editorial de la revista cuyo catálogo lo consignó inmediatamente como agotado (Gon-

¹⁴ G. Méndez Plancarte, 1945, pp. 11-12; también AR/AMP, México D. F., [1944]; AMP/AR, México D. F., 27 de noviembre de 1944; AR/GMP, México D. F., 3 de abril de 1945; GMP/AR, México D. F., 13 de abril de 1945.

zález Martínez, 1938, pp. 3-27). La correspondencia sostenida entre el director de la revista y el poeta prueba una estimación que rebasa la mera cortesía, y contribuye a hacernos comprender las implicaciones del vivo encomio con el que Méndez Plancarte distinguía la obra de González Martínez en las páginas de su revista. A cambio, el poeta rindió testimonio de la solidaridad que lo vinculaba con una zona del patrimonio cultural de las empresas del sacerdote. Llegado el momento, compareció postalmente ante el *Horacio en México*; elogió sin reservas este estudio y añadió que era digna de celebración la naturalidad con la que el autor se movía en un terreno conocido, aunque “ya olvidado de tantos que tuvimos la buena suerte de recorrerlo en años juveniles y que no podemos soñar en un imposible retorno. A pesar de este olvido, el trato con los viejos poetas de Roma deja para siempre una noble frescura en el corazón” ([A. Méndez Plancarte], 1952b, pp. 142-143).

Gabriel Méndez Plancarte parecería responder a este gesto con un comentario sobre *Ausencia y canto* en el que se advierte la simpatía ya referida. De acuerdo con estas palabras, no cabía la menor duda de que en la poesía de González Martínez la lección de los viejos poetas de Roma seguía rindiendo frutos. Copio el pasaje con el propósito de que el lector advierta la nota de amistad a la cual me refiero, además del carácter propagandístico con el que Méndez Plancarte difundía estos poemas y subrayaba los valores que le eran más preciados, en menoscabo de la descendencia literaria que, en nuestro ámbito, tuvo el debate sobre la poesía pura. No juzgo la precisión historiográfica de este pasaje, sino su carácter sintomático.

No hallaremos aquí versitos deshilachados y sibilinos como los que hoy se estilan; no encontraremos “poesía pura”, libre de todo “lastre” intelectual y afectivo, como la que propugnan los “deshumanizadores” del arte. González Martínez no vende su primogenitura por las lentejuelas de la notoriedad [...] ni por las lentejuelas rutilantes de la “última moda”. Fiel a sí mismo y a su arte, nos da lo que nos ofrece: poesía (G. Méndez Plancarte, 1937c, p. 61).

Cuando llega el turno de llamar la atención de los lectores sobre “El diluvio de fuego”, Méndez Plancarte vuelve a tejer su encomio con el hilo de la tradición clásica, y agrega a su ponderación una nota cristiana que en lo sucesivo acompañará su lectura de González Martínez. De este modo, las virtudes reflexivas y la tendencia introspectiva, concentrada y meditabunda, ya reconocidas por la comunidad literaria de México en el poeta como responsables de su evolución artística fuera del cauce del modernismo, en boca de Méndez Plancarte pasaban a ser un atributo de índole cristiana.

[...] bajo la acendrada concisión y la helénica euritmia, palpita un vasto anhelo mesiánico de purificación, que abre insospechados horizontes y da a la poesía de González Martínez un hondo temblor y un presentimiento de aurora cristiana (González Martínez, 1938, p. 4).

Entre la amistad sincera de estos escritores, sellada por acontecimientos dolorosos,¹⁵ y la atribución de un horizonte cristiano a la poesía clásica de González Martínez, quedaría contenida la lectura que Méndez Plancarte hizo del poeta y difundió. Unos límites estrictos que, en el terreno del trato personal y en el de la crítica literaria, reproducen el proyecto que animaba *Ábside*: el vigor de la tradición clásica enriquecida por el espectro cultural del cristianismo, plenamente avecindado y actuante en la literatura contemporánea de México. A la muerte de Gabriel, su hermano Alfonso destacaría en la revista este modo de leer y lo haría suyo.

¹⁵ Me refiero a la muerte del poeta Enrique González Rojo, hijo de González Martínez, acaecida en mayo de 1939. Con el propósito de hacer frente a la prolongada enfermedad del joven escritor, Enrique González Martínez pediría a Gabriel Méndez Plancarte que le liquidase el importe que le correspondía por los ejemplares del sobretiro *El diluvio de fuego* distribuidos en librerías. Alfonso Méndez Plancarte relataría que el mismo día de la petición Gabriel hizo la liquidación y le prestó “toda la ayuda que sus modestos medios le permitieron, tal como Don Enrique hubo de recordarlo con lágrimas ante el féretro de Gabriel” ([A. Méndez Plancarte, 1952b, p. 145).

Con estos recursos a su favor, Alfonso Méndez Plancarte logró articular en torno de su revista una pequeña comunidad de escritores devotos de Enrique González Martínez a propósito de la muerte de este último. El poeta González Martínez murió en su domicilio de la Colonia del Valle el 19 de febrero de 1952. Entre las reacciones desencadenadas por el deceso, destaca particularmente la convocatoria que Alfonso Méndez Plancarte lanzó desde la revista *Ábside*. La convocatoria de marras se dirigía a los escritores mexicanos que hubiesen intercambiado correspondencia con el poeta muerto, pidiéndoles que enviaran a la revista los documentos al respecto; así, se iría constituyendo, conforme a los envíos, una “estela” de palabras cordiales en memoria del poeta. *Ábside* se comprometía a ser el vehículo de esta manifestación póstuma de la amistad. El editor de *Ábside* lanzó la convocatoria y la apoyó con el ejemplo: publicó las cartas que González Martínez había remitido a su hermano, Gabriel Méndez Plancarte, fundador y primer director de la revista, y a sí mismo. Algunos más secundaron esta iniciativa y la “estela” comenzó a formarse.¹⁶ Entre los corresponsales de Enrique González Martínez que acudieron al llamado de *Ábside*, Alfonso Reyes destaca por la magnitud de su respuesta, pues confió al director de la revista los testimonios epistolares del trato que mantuvo con el poeta fallecido por espacio de cuarenta años. Estas cartas serían publicadas en cuatro entregas de la revista, entre 1953 y 1954.¹⁷

¹⁶ [A. Méndez Plancarte], 1952b, pp. 137-150. Luego de recordar la publicación de cartas de Enrique González Martínez que habían hecho Alfonso Junco y Francisco González Guerrero, Alfonso Méndez Plancarte escribió esta nota de presentación: “En la huella ejemplar de tales nobles amigos, *Ábside* se complace al recordar idénticamente la alta y pura amistad de don Enrique, imprimiendo las cartas o recados que él llegó a enviar así a su fundador como a su actual director, alusivas —las más— a las egregias colaboraciones con que una y otra vez se dignó honrar a nuestra revista, o a las apreciaciones y homenajes que la misma le dedicó, según en breves notas lo avisaremos.” (138.)

¹⁷ González Martínez/Reyes, 1953a, pp. 283-308; González Martínez/Reyes, 1953b, pp. 439-462; González Martínez/Reyes, 1954, pp. 89-108; [A. Méndez Plancarte], 1954b, pp. 496-519.

El patrimonio cultural que nutre la estela epistolar conformada sobre la tumba de González Martínez descansa fundamentalmente en los valores de la tradición lírica de México que el poeta honrado parecía encarnar de acuerdo con los encomios fúnebres; valores comprometidos con la tradición clásica, claramente horaciana, en lo que se refiere a su vertiente lírica. En este predio de los bienes culturales, los escritores convocados por *Ábside* encontrarían su identidad y fijarían la convergencia de sus intereses públicos.

Por un instante, quizá el último en la historia de la literatura mexicana del siglo xx, una asamblea de hombres de letras reunidos en torno a los valores de la tradición clásica compareció ante la opinión pública como protagonista, reclamando en su favor no sólo el caudal milenar de Grecia y Roma, sino también el prestigio de la lírica mexicana. De acuerdo con este modo de ver las cosas, la tradición clásica era una parte sustancial de un sistema literario organizado en torno a la poesía lírica, tal y como había sido sancionado tanto por el romancismo como por el modernismo mexicanos. La amistad entre los hermanos Méndez Plancarte, Alfonso Reyes y Enrique González Martínez al abrigo de la revista *Ábside* es un testimonio, en el terreno de las operaciones editoriales, de esta profunda matriz de cultura literaria que todavía, al mediar el siglo xx, irriga el campo de las letras de México.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

- BOLGAR, R. R. (ed.), *Classical Influences on European Culture*, London, Cambridge University Press, 1971.
- BOWRA, C. M., *Historia de la literatura griega*, trad. Alfonso Reyes, México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios, 1), 1948.
- GARCÍA TERRÉS, Jaime, "Del fundamental helenismo de Reyes", *NRFH*, XXXVII, 2, 1989, pp. 413-417.
- GODOY, Armand, "Un gran poeta cristiano: Milosz (1887-1939)", trad. Alfonso Méndez Plancarte, *Ábside*, III, 10, octubre de 1939, pp. 34-38.

- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Enrique, "El diluvio de fuego. Esbozo de un poema", *Ábside*, II, 9, septiembre de 1938, pp. 3-27.
- , "Seis poemas inéditos", *Ábside*, 4, abril de 1937, pp. 15-22.
- , y Alfonso Reyes, "Correspondencia entre..., I: 1912-1922", *Ábside*, XVII, 3, julio-septiembre de 1953, pp. 283-308a.
- , "Correspondencia entre..., II: 1923-1926", *Ábside*, XVII, 4, octubre-diciembre de 1953, pp. 439-462b.
- , "Correspondencia entre..., III: 1926-1949", *Ábside*, XVIII, 1, enero-marzo de 1954, pp. 89-108.
- GUERRERO, Gustavo, *Teorías de la lírica*, México, Fondo de Cultura Económica (Lengua y Estudios Literarios), 1998.
- HEREDIA CORREA, Roberto, "Los clásicos y la educación del siglo XIX", en Osorio Romero, Ignacio, et al., *La tradición clásica en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1991, pp. 169-187.
- HIGHET, Gilbert, *La tradición clásica*, trad. Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica (Sección de Lengua y Estudios Literarios), 1954, 2 tomos.
- LIVINGSTONE, Richard (ed.), *El legado de Grecia*, 3a. ed., Madrid, Ediciones Pegaso, 1956.
- MÉNDEZ PLANCARTE, Alfonso, "El prisma de Horacio de Octaviano Valdés", *Ábside*, I, 11, noviembre de 1937, pp. 11-20.
- [MÉNDEZ PLANCARTE, Alfonso (ed.)], "Enrique González Martínez. Guadalajara, 13 de abril de 1871; México, 19 de febrero de 1952", *Ábside*, XVI, 2, abril-junio de 1952, pp. 129-136a.
- , "Para el epistolario de González Martínez", *Ábside*, XVI, 2, abril-junio de 1952, pp. 137-150b.
- , "Para el epistolario de González Martínez", *Ábside*, XVI, 3, julio-septiembre de 1952, pp. 275-286c.
- , "Para el epistolario de González Martínez", *Ábside*, XVI, 4, octubre-diciembre de 1952, pp. 401-408d.
- , "Para el epistolario de González Martínez", *Ábside*, XVII, 2, abril-junio de 1953, pp. 203-210.
- , "Para el epistolario de González Martínez", *Ábside*, XVIII, 3, julio-septiembre de 1954, pp. 351-365a.
- , "Para el epistolario de González Martínez", *Ábside*, XVIII, 4, octubre-diciembre de 1954, pp. 496-519b.
- MÉNDEZ PLANCARTE, Gabriel, "Ábside", *Ábside*, I, 1, enero de 1937, p. 5a.
- , "En torno a *El deslinde*", *Filosofía y Letras*, 17, enero-marzo de 1945, pp. 11-20.
- , *Horacio en México*, México, Ediciones de la Universidad Nacional, 1937b.

- , “Ocho años de *Ábside*”, *Ábside*, VIII, 4, octubre-diciembre de 1944, pp. 347-355.
- , Reseña a Enrique González Martínez, *Ausencia y canto*, México, Taller Poético, 1937, *Ábside*, 10, octubre de 1937, pp. 61-63c.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Horacio en España. Solaces bibliográficos de D. Marcelino Menéndez y Pelayo*, 2a. ed. refundida, Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull (Colección de Escritores Castellanos. Críticos), 1885, t. I.
- OSORIO ROMERO, Ignacio, “Latín y neolatín en México”, en Osorio Romero, Ignacio, et al., *La tradición clásica en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1991, pp. 7-76.
- RANGEL GUERRA, Alfonso (comp.), *Páginas sobre Alfonso Reyes*, México, El Colegio Nacional, 1996, vol. I, 2a. parte.
- REYES, ALFONSO, “Ángel Zárraga”, *Ábside*, VIII, 2, abril-junio de 1944, pp. 154-156.
- , “Para el epistolario de González Martínez”, *Ábside*, XVI, 2, abril-junio de 1952, pp. 137-150.
- , *Última Tule, Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), 1960, t. XI, pp. 9-153.
- , “Un poema de Alfonso Reyes traducido al francés”, trad. Armand Godoy, *Ábside*, IV, 2, febrero de 1940, pp. 46-49.
- RÍOS, Eduardo Enrique, “*Ábside*”, *Las revistas literarias de México (segunda serie)*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes/Departamento de Literatura, 1963.
- SHERIDAN, Guillermo, *México en 1932: la polémica nacionalista*. México, Fondo de Cultura Económica (Vida y Pensamiento de México), 1999.
- VALDÉS, Octaviano, “La idea de la muerte en Horacio”, *Ábside*, I, 1, enero de 1937, pp. 15-22a.
- , *El prisma de Horacio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1937b.
- , Reseña a Alfonso Reyes, *Vísperas de España*, Buenos Aires, Editorial Sur, 1937, *Ábside*, II, 1, enero de 1938, pp. 59-60.
- WILKIE, James W. y Edna MONZON DE WILKIE, *México visto en el siglo xx. Entrevistas de historia oral*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1969.

